



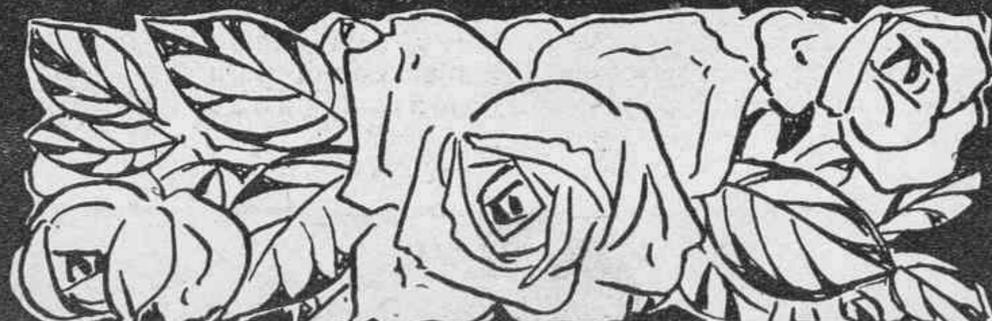
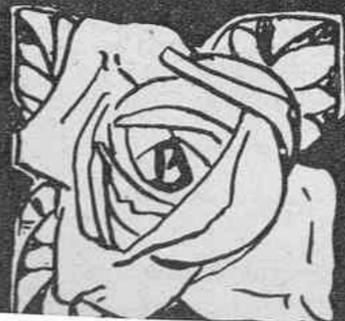
MADRID COMICO



AÑO 1912 - Madrid 24 de Marzo - Num. 109



C. VALERY "LA TIRANA"



20
cents



«El parador del Rif». — Una revelación providencial. — ¡A la Corredera! — El primer encuentro. — En busca de las posaderas. — ¡Por fin! — Hablando con el Barón. — Historia triste. — Un tío bruto. — La lágrima furtiva. — Y se acabó.

En la Corredera Baja de San Pablo hay una posada.

¿Que esto ya lo sabían ustedes?

Me lo figuraba. Pero de alguna manera tenía que empezar.

«Parador del Rif» se titula, y dedícase con preferencia á servir de albergue á los forasteros, por lo cual tiene cierta semejanza con los demás establecimientos de su índole.

El núcleo principal de sus pasajeros habituales lo componen mandaderos de pueblos vecinos, á quienes se conoce vulgarmente por el nombre pintoresco de *ordinarios*.

El resto lo forman en su mayoría chalanes, carreteros y demás distinguidas personalidades pertenecientes á la *andante caballería*, que tiene en ellos una muy lucida representación.

¿Quién pensara que entre los muros de mansión tan miserable había de encontrarse una persona de ilustre abolengo, cuyos rancios pergaminos fueron antaño objeto de codicia dentro de los mejores castillos señoriales? ¡Pocos eran los apellidos que por aquel entonces podían dar el lustre que los «Huntados de Betún!»

Uno de estos «Huntados—¡crueldades de la vida!—es hoy modesto servidor de una posada.

Yo lo supe, no por una casualidad, sino por una vecina de casa, que me lo dijo confidencialmente.

Ella fué quien me lo descubrió todo.



del periódico y que llenara unas cuantas columnas (que es lo que se trataba de demostrar), fuí en busca de Izquierdo Durán, mi compañero gráfico.

—¿Adónde me llevas?—preguntó.

—A la Corredera Baja de San Pablo.

—¡Ah! ¿Sí? Pues vas tú solo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Yo no piso la Corredera.

—¿Por qué?



—¿Está usted cierta de que lo que acaba de revelarme es la pura?

—Lo estoy.

—¿Tiene usted el pleno convencimiento?

—Lo tengo.

—Entonces no hay más que hablar.

Y juzgando el asunto de interés para una información que llenara las necesidades

debe andar por el cuarto ese de ahí abajo.

—Gracias.

Echamos á andar. Dimos uno, dos, tres pasos. Al llegar la cuarto nos detuvimos en la puerta.

Una voz tan desagradable como la de cualquier primera tiple hirió nuestros oídos.

Escuchamos:

—¡Ay, ven y ven y ven!...

—Parece que pide auxilio.

—No, hombre. Es que canta.

—¡Vaya un tono!

—El de la menor. Recuerda los informes del carretero.

Entramos.

—Señora: ¿Es verdad que tiene usted un criado á su servicio?

—Sí.

—¿Sabe usted que es barón?

—A juzgar por las apariencias, sí que lo parece.

—Lo es. Estamos seguros

—¿Se han bañado ustedes con él?

—No.

—Entonces...

—Nos lo garantiza una revelación hecha por personas de crédito indiscutible. ¿Podríamos hablar con él para tomar algunos apuntes?

—¿Por qué no? Si

—Porque soy muy escrupuloso y no quiero que me vea el pollero del quince.

—¿Le debes algún cuarto?

—Un pico.

—Iremos en coche.

—Siendo así...

Poco después nos halláramos frente á la portalada del «Parador del Rif».

Dos personajes ofreciéronse á nuestra vista: un burro sin herrar y un carretero que debía estar errado, á juzgar por el modo que tenía de confundir lastimosamente los altos lugares con el evacuatorio de la Puerta del Sol.

—Oiga, buen hombre—exclamé dirigiéndome al conductor de carros.

El burro, al oír el calificativo, me miró con extrañeza.

—¿Por dónde anda el posadero?

—Aquí no hay posadero. Son dos hermanas las dueñas.

—Usted perdone. Ignorábamos...

—La mayor está arriba. La pequeña



el quiere. En el pajar está. Suban y tomen lo que quieran.

—Se agradece.

Subimos. No nos habían engañado. Allí estaba el Sr. D. Augusto España Marco Pintado de Blanco y Huntado de Betún.

¡Sarcasmos del mundo! Cubierto de harapos, el hombre que descendía de tan noble cuna, descendía en aquel momento de una escalera miserable en la que se hallaba subido.

—¿Qué hacéis, ilustre señor?

—¡Cómo!—exclamó nuestro héroe todo asombrado—. ¿Saben ustedes...?

—Absolutamente todo.

—¿Les habrá causado extrañeza?

—Ciertamente. Un hombre cuyos ascendientes fueron siempre rodeados de pajes verse así...

—Rodeado de pajas, ¿no es verdad?

—¡Qué diferencia tan grande!

—Total, por una letra. ¡Ah! Ella tuvo la culpa de mi ruina. Venció; no pude pagarla a su tiempo. Vino el embargo de mis bodegas de Sevilla. Mi administrador fué allá con intención de sacar lo que pudiera de Jerez...

—¿Y qué?

—Vino blanco, lívido. No pudo sacar nada absolutamente. Perdí tres partes de mi capital. Tuve que agarrarme a la parte que me quedaba para establecer un modesto negocio. Al verme tronado me acordé de Santa Bárbara, y puse una cervecería. Creí poder salir adelante; pero, ¡ay!, la mala estrella me acosaba. ¿Saben ustedes los tercios de cerveza que vendí durante los tres primeros meses? Uno. Al segundo tercio me dieron dos palos, porque la cerveza se había descompuesto y el parroquiano también. Antes de que llegara el tercero y la mala pata mía me hiciera salir con muleta (pues estaba viéndome cojo), me dediqué al manejo del sable hasta que pude traspasar el establecimiento. Poco a poco fui perdiéndolo todo: el crédito, los amigos, el capital. ¡España sin capital!, pensé yo entonces. Pues ¡adiós, Madrid! Y me ausenté de la Corte. Convertido en vagabundo por obra de mi desgracia, fui de la Ceca a la Meca solicitando una ocupación para trabajar. ¡Empeño inútil! Tampoco pude lograrlo, porque en todas partes están hartos ya del vagabundo. Llegué a Cataluña; asalté la *Barceloneta* (parte antigua de la ciudad de Barcelona), y me recha-

zaron. Después atacé a la *Bayoneta* (parte antigua de la ciudad de Bayona), siendo rechazado también. Muerto de hambre, con el pensamiento en el Viaducto, regresé a la Villa del Oso, dispuesto a hacerme una tortilla si no encontraba quien me diera de comer. Afortunadamente, topé con este humilde rincón, donde, a fuerza de trabajar como una caballería, voy tirando.

—¡Historia triste! ¿Cultiváis aún la amistad de alguna persona fina?

—No. Actualmente sólo trato con *ordinarios*.

—¿Y os miran bien?

—Todos. ¡Ya lo creo! Sólo hay uno que no me puede ver.

—¿Le habéis hecho algo?

—Nada. Es que se ha quedado ciego.

—¿Y las dueñas de la posada?

—De esas no puedo quejarme. Me tratan a cuerpo de rey. Prueba de ello que yo siempre he padecido del estómago y ahora me siento divinamente.

—Gracias a las posaderas.

—Naturalmente.

—¿Son buenas?

—Mucho. ¿Queréis que os las presente?

—No os molestéis. Ya las hemos visto. ¿Tenéis esperanza de que llegue algún día vuestra rehabilitación?

—Ninguna.

—¿No tenéis parientes a quien heredar?

—Uno solo.

—¿Lejano?

—Bastante. Vive en la Habana.

—¿Tendrá mucho *ingenio*?

—¡Quia! Es bastante bruto el pobre.

—Entonces...

Ibamos a interrogarle acerca de su negro porvenir; pero al ver brillar una furtiva lágrima en los ojos del caído aristócrata, nos despedimos, no sin que Izquierdo Durán nos *sorprendiese* antes con varios apuntes de nuestras *veras efigies*, a fin de que el público no dudara luego de la veracidad indubitable de esta información.

El Coco de la Lata.

LA NIEBLA

(SONETO)

A través de la niebla la ciudad se adivina;
las líneas indecisas, los tonos difumados,
como en los vaporosos países encantados
de los locos ensueños que fragua la morfina.

Una pareja amante que surge de una esquina
parece la silueta de dos resucitados,
y parecen los hombres que pasan embozados
fantasmas de una mágica tropa luciferina.

Simulan los faroles antorchas funerarias;
de pronto un automóvil entre ellos resplandece,
como un monstruo de enormes pupilas incendiarias.

Las casas se levantan hasta tocar el cielo,
y en él, la luna, envuelta por las nubes, parece
una Venus desnuda cubierta por un velo.

Mario Sancho Ruiz-Zorrilla. ▣

RASGOS

Yo ya sé, aun sin conocerte,
que son tus ojos muy bellos,
y desearía verte
para retratarme en ellos.

En varias cosas me fundo
al pensar no podrá ser
que exista nada en el mundo
más bello que la mujer.

Lorenzo Roldán.



—Mira, tita, cuánto asciende.

—Ya lo veo, Pepín. ¡Ay si tu futuro tío pudiera hacer lo mismo!



He presenciado el estreno de *El viudo triste* en el coliseo del Noviciado. La obrita es mucho más interesante y más ingeniosa que la mayoría de las piezas que se hacen por los teatros grandes en este momento. Tiene una preciosa partitura del maestro Molina Moreno, de la cual fueron aclamados varios números. Este *viudo triste*—el titulejo es bastante feo y sobrado impropio para la obra—dará muchos llenos en el pintoresco teatrillo del Noviciado. El libro de esta opereta es del veterano autor D. Emilio Prieto.

Ahora bien; la obra me solazó mucho; pero mucho más me regocijó el publiquito. Es verdaderamente peligroso asistir á uno de esos estrenos sin cota de acero. En el instante de levantarse el telón hubo gañidos, coces y juramentos en la cuarta fila de butacas.

—A ver si va á poder ser que no *arrempuje* usted, *so pasmao*.

—Yo arrempujo porque mi señora está en esta silla, y yo quiero sentarme con ella.

—Pero si usted no ha *sacao* butaca...

—Porque no había. Además, yo me siento en este banco *por tripas*.

—¿Por qué? Vamos, hombre, que usted es natural de Cádiz, y yo tengo los papeles.

¿Ustedes creerán que siguió una bofetada como un cañonazo á este ramillete de bellaquerías? Pues nada de eso. Ambos beligerantes, tiernos padres de familia sin duda, se acordaron del desamparo en que iban á dejar á su prole, y decidieron terminar la contienda.

Minutos más tarde, en una de las escenas más emocionantes, un ciudadano del gallinero tuvo la gentil humorada de comenzar á hacer el gato sin motivo aparente que lo justificara.

—¡Miau! ¡Marramiaiu, requetemiaumiau!

Escándalo. El senado iracundo comenzó á ulular, y volaron por el aire denuestos de gravedad hacia la señora madre del intempestivo señor que había gastado tan delicada broma.

—¡A ver ese minino! ¡Que llamen á un afilador!

—¡So morral!

—¡Que lo echen!

—¿Quién es ese animal que ha maullado?

Y, ¡oh sugestión de la popularidad!, entonces se oyó una voz estentórea, y el gato apócrifo se puso de pie sobre su butaca para que todos pudieran admirarle.

—¡Quién ha de ser el que ha maullado! ¡Este cuerpecillo serrano que están ustedes viendo!

A la media luz de la sala vimos todos una respetable calva de jefe de negociado, unas barbas grises y unas gafas espejeantes.

Yo aplaudí con todo mi entusiasmo á aquel hombre maravilloso, de aspecto tan solemne y de tan encantador optimismo que va á los teatrillos á lucir su calva y á hacer el gato para orgullo propio y regocijo de los que tienen el honor de escucharle ¡En qué cosas tan insólitas tiene asentamiento á veces la vanidad de los mortales! Porque este sujeto se sentía tan grande y tan acariciado por la gloria en el momento de hacer el gato, como Napoleón al tornarse de Egipto y Mun-quer-Eva al expulsar á los glicitas de la China. Que todo está en todo, amigos míos.

Continuó la representación sin percance lo menos... cinco

minutos. Cuando todos estábamos tan interesados con las aventuras del viudo voluptuoso, he aquí que surge una voz chillona de mujer desde los asientos de preferencia:

—¡Oiga, acomodador! ¡Que aquí hay un tío fresco que me ha tomado por una guitarral!

Gran éxito: carcajadas, aullidos, refocilamiento general.

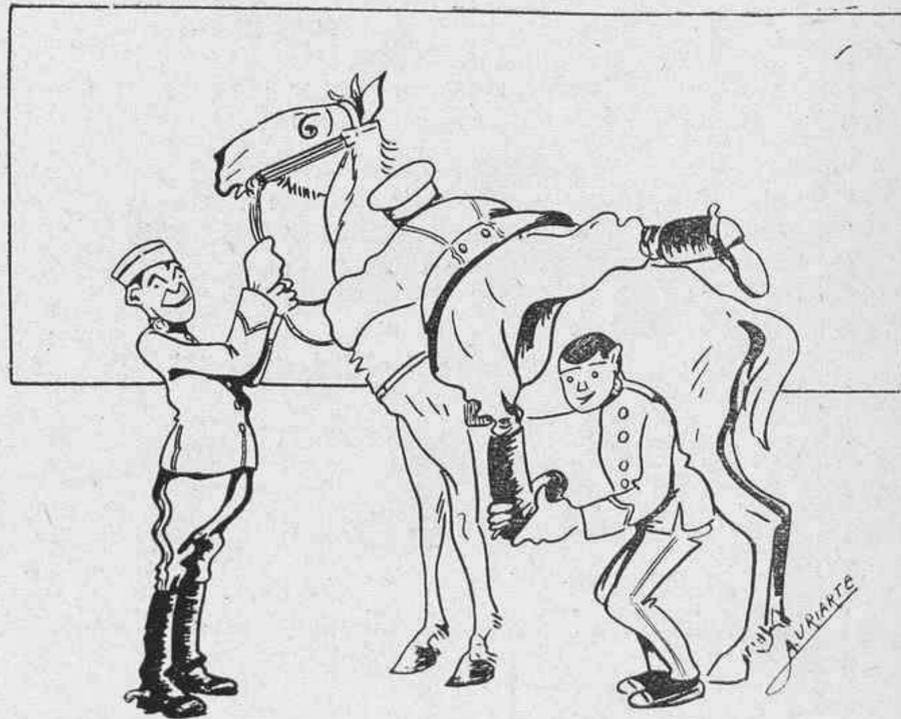
—¡Qué atrocidad! ¡Aquí, si se descuida una un poco, la desnudan!

Yo creo que de toda esta lascivia desenfrenada que hay en las aperturas de este salorcito tienen la culpa las obras pornográficas del Sr. Polo y del Sr. Sánchez-Carrère. Excitan el natural ardimiento de la gente joven, y aquello, más que un coliseo, parece un bosque pagano, en el que todos los personajes tienen cuernos de fauno y manos audaces.

Al final de la obra salieron á escena los autores. No sé por qué me dió una fuerte sensación de melancolía ver haciendo reverencias al jocundo senado la cabeza blanca y el gesto triste del Sr. Prieto. No es que se trate de Shakespeare, ni mucho menos, ¿eh?; pero este hombre ha ganado muchas pesetas con sus obras teatrales y sido un autor aplaudido años atrás, y el Noviciado más bien parece tabladillo para la gente que empieza.

Emilio Carrere

REFLEXION DE UN ASISTENTE



—Hay cosas que saltan á la vista y una de ellas es la afición. No hay más que ver cómo monta mi teniente *pa* comprender que *le tira* la caballería.

LOS NIÑOS DEL DIA



— ¿Por qué no juegas con Luisito y corréis juntos el aro?
 — Porque dice que él ha corrido ya mucho y no quiere que ninguna chica juegue con él.



—Tu marido se parece á Vedrines.
—Sí, por el aire.

Carta á Sancho!

¡Válgame Dios! y qué equivocado vives, amigo Sancho. . . si es que buenamente te crees *eso* de que nos vamos europeizando...

No lo creas nunca, ni lo digas jamás, que no es de cuerdos el fiarse de las apariencias, y en este caso las apariencias voceadas son que gozamos de mingitorio y medio subterráneo y de siete papeleras públicas, colocadas convenientemente. . .

Te juro, Sancho hermano, que bien me pesa morar en este mundo de los vivos, en el que aun estoy por obra y genio de mi glorioso padre.

Madrid . . . no es un edén, por lo menos municipalmente, y si quieres convencerte de lo que digo, moléstate y lee el *Heraldo*, ese apreciable órgano de Rocamora, en el que se publican todas las porquerías que el buen vecindario madrileño tiene á gala denunciar. . .

Porque sí, es lo que yo pienso. Muy bien que los señores concejales examinen minuciosamente las mercancías de las fruterías para ver si están en armonía con la higiene, y muchísimo mejor que se ocupen en averiguar si los *tíos* de los puestos tienen buena ó mala

leche dentro de las cantarillas de dudósísima limpieza. . . Todo esto es digno de loa y de sincero encomio. . . ¡pero eso de que en lo referente á las calles no se molesten y piensen más que para bautizarlas con nombres pomposos! . . . ¡Esto daría que hablar al mismísimo don Benito!

Ejemplo al adoquín. Ahí tenemos una calle casi sin urbanizar, pero que lleva por nombre el de un político grande. . . y á buen seguro que si su ilustre homónimo se arriesgara á pasar por ella á pie, perdería el equilibrio, ó por lo menos alguna bota, como ha perdido otras muchas cosas en la vía de la política, que, aun al paso que vamos, se está poniendo de las más intransitables, pues ya no queda ningún adoquín en buen uso.

En fin, no desesperemos. Algo se adelanta con quejarse. Y para terminar, te diré, Sancho amigo, que no creo tengamos concejales de esos que andan siempre metidos en todos los charcos. . . porque con que se metiera nada más que en los que caigo yo distraídamente al entrar en mi domicilio, haría lo que yo hago. . . ¡poner el grito en el. . . Ayuntamiento! . . .

G. Morenas de Tejada.

POLÍTICOS POR EL AIRE

Vedrines, el ya famoso navegador del espacio, según nos dice el telégrafo, se presenta candidato por Limoux. Ocupar quiere la vacante que ha dejado monsieur Dujardin Beaumetz, al que hace poco nombraron senador. Esta noticia, publicada en los diarios recientemente, entre el público se asegura que ha causado gran extrañeza; y yo creo que eso no tiene de extraño absolutamente nada.

Opino, por el contrario, que es muy natural. Un hombre debe siempre en todo caso procurar por *elevarse*, poniendo para lograrlo cuantos recursos encuentre al alcance de su mano.

Y aunque él ya lo ha conseguido por medio de su aparato muchas veces, quiere ahora hacer pruebas en el vasto terreno de la política, por ver si logra otro tanto.

¿Se saldrá, al fin con la suya?

¿No sufrirá algún fracaso?

Que esto ocurra no es difícil, pues en los distintos bandos políticos no se encuentran de igual modo que en el campo las *corrientes favorables* y es probable el batacazo.

Pero tengo por seguro que habrán de importar un rábano á Vedrines las caídas del Gobierno, pues, pensando lógicamente, han de hacerle muchísimo menos daño que las otras que se lleva al tripular su aeroplano.

Que la suya *alta* política será, no cabe dudarlo; como asimismo que adonde quiera llegará *volando*, por lo que puede decirse que tiene ya asegurado su porvenir. Brillantísima carrera hará en breve plazo si su afición *volandera* continúa cultivando, pues con ella ocupar puede los puestos más *elevados*. Si tal moda cuaja y llega á implantarse entre los galos (la implantación de las modas siempre ha corrido á su cargo), preveo que los distritos de Francia á su diputado le habrán de exigir que sea, en lugar de un hombre un pájaro, hasta tener todos ellos representante *aviado*. Después de todo, esta moda será, justo es confesarlo, (¡alguna vez les había de tocar el adelanto á los pobres españoles!), de la moda nuestra un plagio. Aquí, desde hace algún tiempo, suelen ser los candidatos *pájaros de (cuenta muchos)* que *ahuecan el ala* cuando en el presupuesto el *pico* á la postre hincar lograron. Unicamente los términos en la aviación se cambiaron. Aquí los representantes no tienen lo necesario para volar. ¡Los distritos son los que están *aviados*!

Adolfo Sánchez Carrére.

12-2-912.

UN HÉROE



— . . . ya ve usted, Carmencita. Yo, que he luchado en muchas batallas y que jamás me entregué al enemigo, me rindo á usted sin condiciones y con todo el armamento.

DESDE LA ALDEA

Escenas del terruño.

Hay en estos rincones apartados de la aldea unos tipos, unos seres excepcionales que tú, lector cortés, no solamente no conoces, pero que ni aun siquiera imaginas. Tal es el porquero, el guardián de esos animaluchos tan viles y tan codiciables, representantes de toda bajeza, materialidad y grosería, erigidos á una alta misión nutritiva por nuestra miseria fisiológica.

Yo no sé si será de una desconcertadora ironía que un poeta escriba de tan bajos y despreciables asuntos; pero hay que convenir que los aires campesinos hacen tomar á los asuntos literarios unas orientaciones estupendas por gracia de la encantada campesina bucólica, una zagalita tonta que se pasa la noche mirando á las estrellas. No obs-

tante, yo creo que en cualquier ser puede haber algo de poesía menos en el cerdo, si ya no es en el sapo y en el buitre, animalitos todos ellos criados para constante baldón y oprobio de la zoología.

En definitiva, el porquero es en la aldea un personaje de una transcendencia que tú, lector, apenas puedes explicarte. Cuando desde lo alto de la torre han descendido lentas y pausadas las campanadas del toque de alba, aparece el porquero por un extremo de la calle, empuñando su larga cayada y haciendo sonar un descomunal cencerro, á cuyo llamamiento todas las puertas de las casas se van abriendo para dar salida á los ilustres habitantes de las cortes. El hombre que pusiera este nombre á las pocilgas debía ser un hombre poseedor de una vena irónica restallante como un látigo.

Apenas los marranillos se ven en libertad, comienzan su infernal baraúnda de gruñidos y gañidos. El marrano es un animal muy poco discreto, ya que la

discreción hemos convenido que se halla en el buen callar. Y allá va el porquero conduciendo su piara á los campos verdeantes para que los lechoncillos hocen *la verde y aterciopelada felpa de los prados*, quizá con un mal espíritu irreverente hacia las plácidas visiones horacianas. Es menester que muchos cantores de la fama campestre se enteren de que en el campo hay cerdos, como muchos cantores de la *ruda franqueza aldeana* no ignoren que en los pueblos hay también secretarios de Ayuntamiento, y perdone la clase la crudeza de la comparación.

El porquero tiene que ser un hombre de una paciencia evangélica, porque el cerdo es el animal más mal educado y más tozudo de la creación. Su obstinación en llegar á todos los lugares más inconvenientes, en caminar por los más equivocados caminos, en hozar y destruir los plantíos, es desesperante. Quizá este hombre haya llegado á identificarse de tal suerte con sus acompañantes, que en el fondo se sienta él también un poco cerdo.

He aquí la influencia de las malas compañías. Pasarse todo un día y otro y otro entre aquella turba soez é indisciplinada, sin sentirse también marrano, debe ser abrumador.

El porquero, pues, es un hombre transcendental, y desde aquí le elevo á la jerarquía de personaje literario, aunque espero que un día de estos lance también á los aires su armonioso y musical gruñido.

Antonio Roldán.

Pomarada, 3-912.

PRUDENCIO

De Marta está enamorado el joven Prudencio Bueno, perfectamente educado, muy listo, muy aplicado y prudente cual ninguno.

Prudencio, de alma apocada, en presencia de su amada está lo mismo que un niño idiota. El barbilampiño no se atreve á nada... ¡á nada!

Ella quisiera que fuera más atrevido el galán, más resuelto. Ella quisiera que en obsequio suyo hiciera algo el vendido don Juan.

Un día, al anochecer, sintiendo su sangre arder, Prudencio se resolvió sus temores á vencer, y la mano la cogió.

Con efusiva ternura acaricióla el cabello, y radiante de ventura, puso á su pasión el sello estrechando su cintura.

La joven, que no se azora por tan poco, triunfadora, con voz que placer indica dijo:—«Vamos. Ya era hora. ¡Gracias á Dios que se explica!»

Y encantadora y sonriente, alabando interiormente del amor las excelencias, celebra las imprudencias de Prudencio el imprudente.

Pedro Barrantes.



—Hay para desesperarse. ¡Hoy es el día tercero que me sigue á todas partes, y ¡nada! ¡Como llegue al cuarto y haga lo mismo que hoy, me voy á divertirl!



Todo el mundo habla de la carestía de la vida. Se protesta contra el precio de los alquileres, de los artículos de primera, de segunda y hasta de última necesidad, ó sea los servicios de pompas fúnebres. De vez en cuando hay

Yo, hasta hace poco, tenía «buen ver» (y conste que no es por alabarme). Lo veía todo. Unas veces, de color de rosa; otras veces, negro; en fin, según eran ó parecían las cosas ser. Pero poco á poco empecé á verlo todo nublado, como si tu-

cia un diccionario inglés, de esos que caben dentro de una caja de fósforos.

¡Le pedí un telescopio para poderle complacer!

Aquello ya no eran «letras á la vista», sino á gran distancia, á «largo vencimiento». Y me dí por «vencido», manifestando al doctor que para leer aquello podía llamar á su señora abuelita, si lo tenía por conveniente, pues lo que es yo apenas alcanzaba ni á ver el libro.

Después mi verdugo fué poniendo y quitando vidrios en un aparato que previamente me hizo colocar sobre la nariz, hasta que dió con unos cristales mágicos que me hacían ver dos rayas donde sólo había una, y entonces pronunció su sentencia:

—«¡Présbita!» — pronunció con «énfasis».

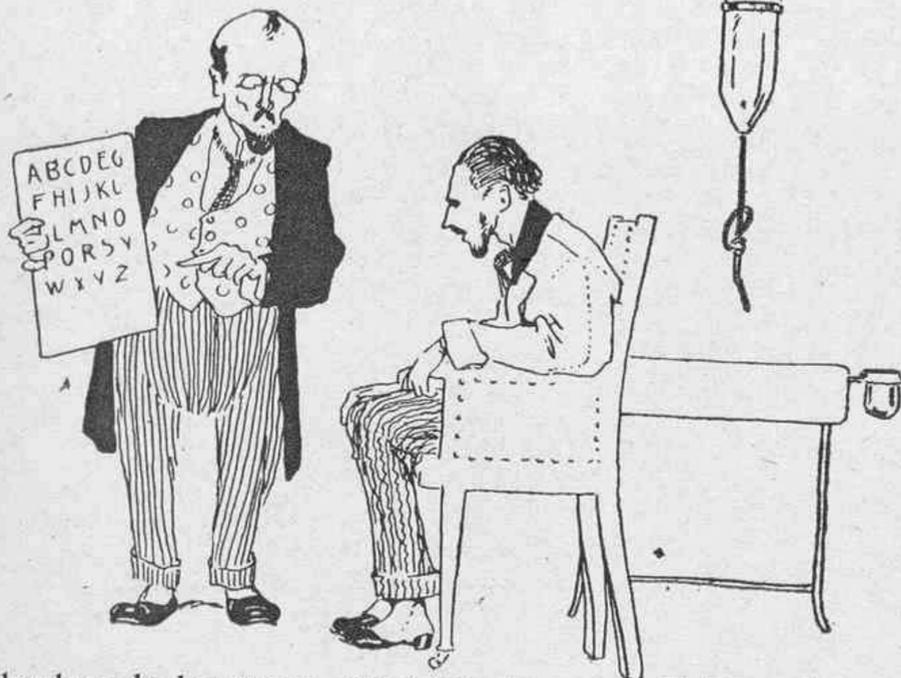
Yo no supe si «enfadarme» ó tomarlo á risa. Me atreví á decirle que era una noticia nueva para mí aquella.

—Sí, señor — me explicó —. Tiene usted la vista extraviada.

—Pues lo he disimulado muy bien — repuse —, porque hasta hoy nadie me lo ha conocido. Además, si alguna vez «se me han ido los ojos» detrás de una buena moza, siempre los he recuperado. Y aunque «miro contra el Gobierno» algunos días, es metafóricamente nada más...

—Le digo á usted que tuerce los ojos, caballero.

—Es ahora, doctor, porque «me ha hecho usted mal de ojo y me ha dejado bizco» con la noticia, y si me descuido, voy á salir de aquí «ciego» de coraje. Y me tendré que comprar ojos de vidrio



huelgas de los que se creen con derecho á mejorar de suerte... ¿Por qué no se hace una huelga de escritores?

Ustedes dirán que cada cual arrima el ascua á su sardina, y tal vez sonrían pensando que yo protesto sin razón, que el escribir no «cuesta» nada y que demasiado hacen los que pagan algo á los que escriben.

Pues están ustedes en un error.

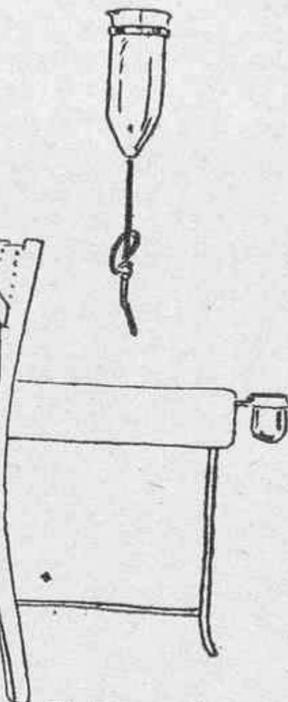
Los artículos, más ó menos literarios, no serán de primera necesidad; pero tampoco son de última, como el artículo *mortis*. Entran, por consiguiente, en una categoría intermedia, y son, sin embargo, los artículos más caros que existen como precio de coste y los que más baratos se expenden como precio de venta.

En efecto; ustedes habrán oído decir de las cosas que tienen un precio elevado: «Esto cuesta un ojo de la cara.» De «la cara», fijense ustedes bien. Bueno; pues el escribir no cuesta un ojo de la cara, sino los dos, porque, en fuerza de emborronar papel, acaba uno por perder la vista de entrambos.

«Perder» la vista no es tener la vista «extraviada», ni tener «extraviada» la vista supone una «caída de ojos», ni un olvido «involuntario» del órgano.

En general, las cosas que se pierden pueden encontrarse. Y la vista es como la vergüenza, desgraciadamente. Cuando se ha «perdido» no se encuentra más.

De modo, que ya ven ustedes si cuesta carito el escribir.



El jovencito que daba los números interrumpía de vez en cuando el silencio sepulcral de los más ó menos presuntos candidatos á la fosa, gritando el número y la especialidad que correspondía en esta forma:

—¡Para oídos, el segundo! ¡Para nerviosos, el octavo!

Cuando dijo: «¡Para ojos, el tercero», entré yo.

Después de algunas preguntas (algo indiscretas ciertamente) el doctor sacó un cartón con un abecedario de letras grandísimas, y me pidió que las fuera sucesivamente nombrando.

Creí que me había metido en una escuela y que el oculista era un maestro de primeras letras.

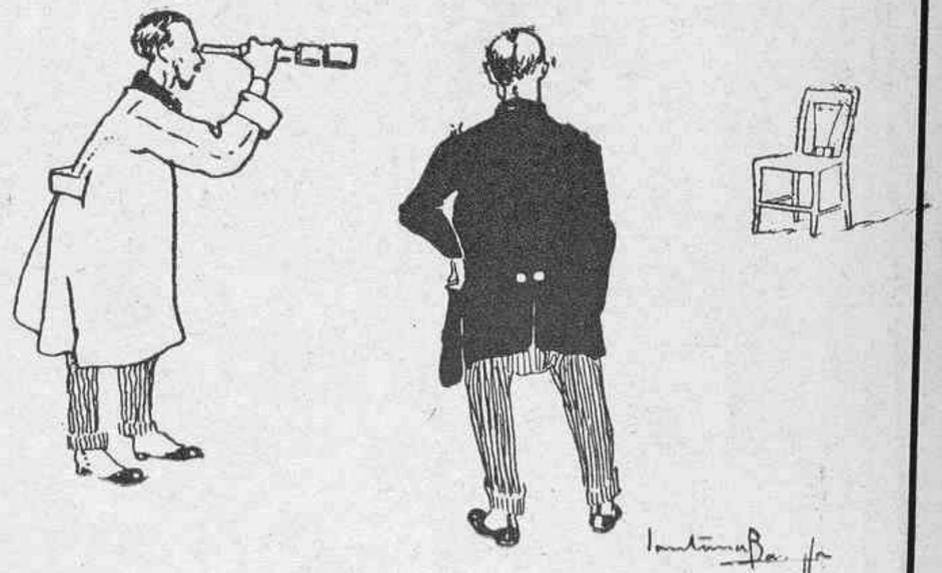
—Yo ya sé leer — le dije con cierto orgullo.

—No importa — me contestó —; vaya enumerando las letras.

—A, B, C, D... (¡Me cargué todo el alfabeto sin equivocarme!)

—Muy bien — dijo mi examinador —. Ahora lea usted aquí.

Y me puso á veinte metros de distan-



y decirle alguna insolencia á la vendedora para que «baje los ojos», porque ya sé que son muy caros... Como que cada ojo artificial cuesta un ojo de la cara y, además, una porrillada de duros...

—Bueno, bueno; aquí tiene usted ya su receta.

El doctor me entregó un papel con cuatro garabatos jeroglíficos y una cruz en forma de «aspa», la que me obligó á

hacer varios «aspavientos», pues no sabía si aquello era el signo más ó el comienzo de un epitafio.

Total, que era una receta para comprar los lentes.

Y aquí me tienen ustedes escribiendo detrás de los cristales por haber «abusado de las pupilas»... sin ser tutor de nadie ni menos corruptor de menores.
Serrucho.

LA DONCELLA



JOSE
ZAMORA. 912

—Oye, Luisa: ¿conque has desdeñado las cien pesetas del marqués? ¿Quieres seguir siendo decente?

—No, señora... Prefiero hacerle esperar.



CARNAVAL EN NIZA



WALS BOSTON,

por AURELIANO BOTELLA

Piano. *Introduccion*

Vals

First system of musical notation, featuring a grand staff with treble and bass clefs. The music includes various note values and rests, with a *pp* dynamic marking.

Second system of musical notation, including first and second endings marked *1^a* and *2^a*. The notation includes slurs and dynamic markings.

Third system of musical notation, featuring a grand staff with treble and bass clefs. The music includes various note values and rests, with a *p* dynamic marking.

Fourth system of musical notation, featuring a grand staff with treble and bass clefs. The music includes various note values and rests, with *p* and *pp#* dynamic markings.

Fifth system of musical notation, starting with the word *Coda* and a key signature change to two sharps. The notation includes various note values and rests, with *pp*, *ff*, and *p* dynamic markings.

Sixth system of musical notation, featuring a grand staff with treble and bass clefs. The music includes various note values and rests, with *pp* and *f* dynamic markings.

Seventh system of musical notation, featuring a grand staff with treble and bass clefs. The music includes various note values and rests, with *f* and *p* dynamic markings.

Eighth system of musical notation, featuring a grand staff with treble and bass clefs. The music includes various note values and rests, with *rall^o* and *ff* dynamic markings.

Ninth system of musical notation, starting with the word *vivo* and a key signature change to one sharp. The notation includes various note values and rests, with *f* dynamic markings. The piece concludes with a signature.

El milagro de las flores

(De Edmundo Rostand)

Era brutal la vida—cuando al lado
mío llegaste—para mí: reidores
ojos crueles habían arrancado
hoja á hoja mis ensueños—: estas flores.—

Lo que al pié del rosal deja la muerte
de las rosas : despojos abribeños
sin perfume, un rosado «bouquet» inerte—
¡eso quedó de mis marchitos sueños!

Más tu mano, amor mío, alzó del suelo
cálices, tallos y corolas—: todo
cuanto hembras sin pudor y hombres de hielo
habían arrastrado por el lodo...—

Tú volviste á reunir los restos frágiles;
los ungiéron después las amapolas
de tus labios y, al fin, tus dedos ágiles
devolvieron la vida á sus corolas...

Tornaron á las flores su decoro
más tarde tus palabras de hechicera,
y ajustaron los pétalos al oro
del cáliz que besó la Primavera.

Realizaste el prodigio soberano
de renovar perfumes y colores:
la virtud milagrosa de tu mano,
de los mustios despojos hizo flores...

Y, en fin, resucitando el esplendente
renacer de los días abribeños,
¡me entregaste, benéfica y sonriente,
las flores del «bouquet» de mis ensueños!

Carlos Miranda.



—¿En cuánto vendes ese pájaro?
—No es pájaro; es un apolo.
—¡Ah, sí; el Apolo del *Bebedere!*

Pasando el rato.

Eso de pedirle tres cosas á Jesús para que conceda una de ellas está dando bastante juego

La mayoría de los solicitantes pertenecen al sexo bello y débil, que en muchos casos ni es débil ni es bello. Y la mayoría de esa mayoría, lo primero que piden al arrodillarse es que les salga un buen partido. Ellas, naturalmente, guardan sobre las peticiones el más impenetrable de los secretos. Pero no importa... Se les conoce en la cara. Porque cuando se tiene un rostro medianamente agraciado, no hay para qué molestar á nadie, ora sea Jesús, ora el acreditado D. Felipe.

Abundan también las casadas que piden gollerías, sin hablar para nada del marido, que, por su parte, las pide también, y quizá de rodillas, en algún camerino del Trianón.

Sé de una casadita que, enterada de que sólo una de las tres cosas que se piden puede conseguirse, decía con todo fervor:

—Jesús mío, haz que las ostras que coma mi marido tengan el bacilo del tifus. Jesús mío, haz que si en alguna bronca se pierde un balazo, se lo en-

cuente inmediatamente mi marido. Jesús mío, haz que á m, marido se le ocurra tirarse por el Viaducto cuando esté distraída la pareja.

**

Como á mí me agrada mucho la música y como me parece muy bien la Banda Municipal de Madrid, suelo acudir á sus conciertos.

Y no me compensa el buen rato que las huestes del gran Villa me proporcionan, del rato amargo que me hace pasar una parte del público. Acostumbrado al silencio y atención con que se escucha á las bandas en Barcelona y Valencia, me causa muy mal efecto ver á mucha gente dando vueltas al quiosco, gritando, riendo á carcajadas; hablando del *Gallo* los hombres, criticando á las demás las mujeres, y todos ellos no dejando oír á los que escuchan.

El domingo me decía un señor que estaba á mi lado:

—Pero si á estas gentes no les importa ni les recrea la música, ¿á qué vienen?

—Por su afición. Lo mismo que usted.

—¡Señor mío, usted no sabe lo que dice!

—¿Cómo que no? ¿Usted no viene aquí por su afición á la música?

—Sí.

—Bueno; pues ellas vienen por su afición á molestar.

**

El público madrileño, que protesta muchas obras regulares porque se cree superior á ellas y que apenas concurre á los teatros serios porque «no hacen nada digno de verse», llenó el otro día el Gran Teatro al anuncio de que un prestidigitador iba á decapitar en escena á un hombre vivo. Lo mismo que sucede todos los años en la feria de Alcobendas.

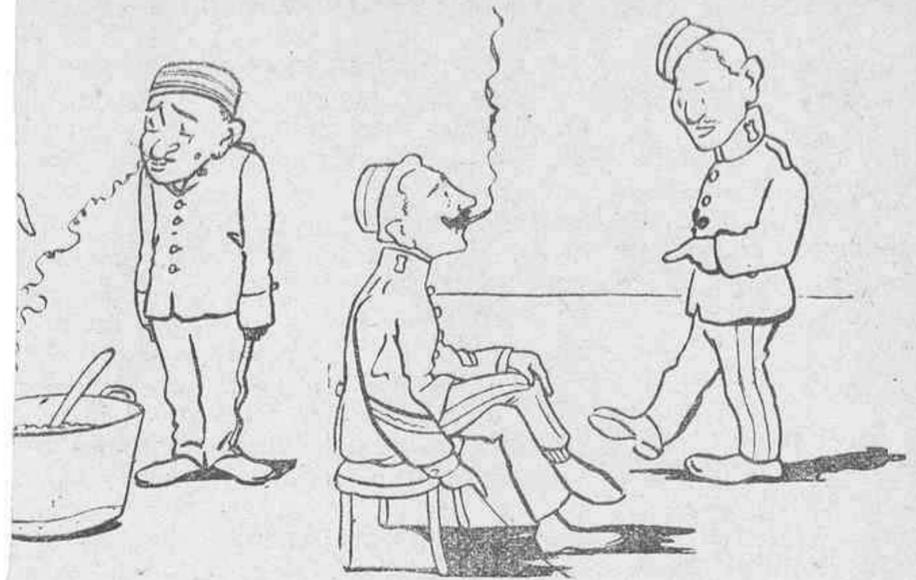
Y acaban de asegurarme que un empresario, aburrido de *mover el cartel* sin resultado práctico, se ha decidido á anunciar otra decapitación semejante, con el aliciente de que no va á haber trampa, porque se prestará á poner él mismo su propia cabeza.

El precio de las localidades será bastante elevado, y el espectáculo á beneficio de los acreedores.

Felipe Pérez Capo.



LOS QUINTOS



—¿Qué es el rancho?
—Un rancho; está muy malo.
—¿Pregunto si está malo; si está bueno.

—Mi sargento, ¿verdad que ordenanza es más que general?
—¿Por qué me preguntas eso, borrico?
—Porque siempre que entierran á un general, le hacen los honores de ordenanza.

tor—respondí.

Entramos en un café. Pajuela pidió un vermú con mucho bitter; yo, como no estaba acostumbrado á bebidas alcohólicas tomé un chico en grande de leche caliente.

—¿Sabe usted jugar al billar?—tornó á preguntarme Pajuela.

—Sí, mi querido director; pero no muy bien.

—Perfecto; así le daré unas lecciones; y para que tengamos interés, jugaremos una pesetilla por partida; ¿es más entretenido ó no?

—Indubitablemente, mi querido director.

Al cabo de una hora Pajuela me había ganado cinco pesetas, que se embolsó tranquilamente, y se había bebido cuatro vermús. Cuando fui á pagar, se llevó la mano al bolsillo del chaleco; pero yo no podía consentir... Salimos á la calle.

Pajuela se apoyaba en mi brazo paternalmente, lo que se me antojaba un favor estupendo. A ratos saludaba amistosamente con la mano á algunos transeuntes.

—Es Benavente... son los Quintero... es Vital Aza—me decía. Yo, no conociendo en aquella época á esos hombres célebres, admiraba la descomunal barriga de Benavente, las barbas rubias de los Quintero, la insignificancia física de Vital Aza.

Al llegar á la Puerta del Sol, Pajuela se detuvo como reflexionando; luego me preguntó:

—¿Si nos lleváramos unos fiambres?

—Excelente idea—respondí.

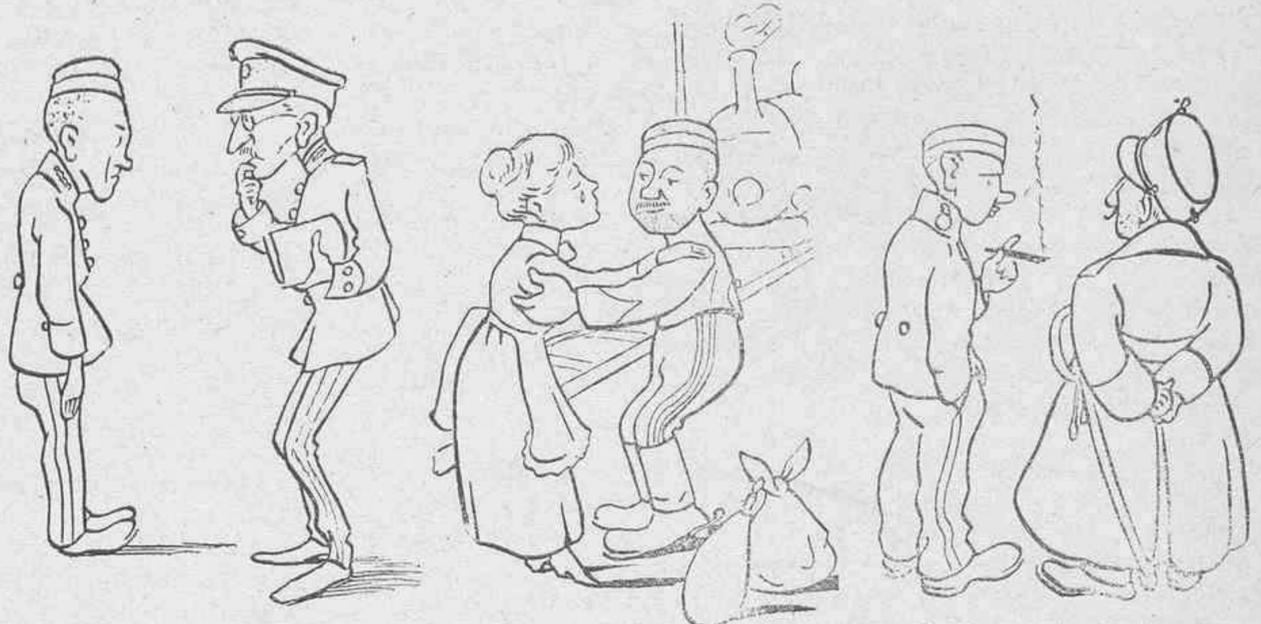
Entramos en La Mallorquina. Pajuela apartó un kilo de cabeza de jabalí, medio de jamón en dulce, unas lonjas de lengua á la escarlata y dos salchichones. Cuando quiso pagar, yo intervine.

—¡Oh!, no, no, de ningún modo: eso me toca á mí.

—Pase por esta vez—me dijo amablemente—; no quiero ser descortés con usted.

Cargué con el paquete y volvimos á andar unos pasos.

—¿Si regáramos nuestros fiambres con una botella de vino viejo?



—Tengo el cuerpo lleno de manchas, mi comandante.

—Eso es por el cambio de estación.

—¡Qué ha de ser por eso, si por mi pueblo no pasa aún el ferrocarril!

—Te escribiré todos los días sin falta.

—Chica, que me escribas todos los días, lo creo; pero eso de sin falta ..

—¡Qué malo es este puro que me has dao, camará! ¡Mia que es difícil encenderlo!

—Pues ca uno de esos cigarros me sale por una perra gorda.

—Sí, de cerillas.

—Excelente idea, señor director, excelente idea.

Entramos en un almacén de vinos, y Pajuela escogió tres botellas empolvadas de Riscal añejo, cuyo importe me apresuré á satisfacer.

Después compramos fruta, queso, pasteles, cigarros, coñac; en cada compra el ilustre Pajuela se llevó la mano al bolsillo, pero yo conseguí pagar, á fuerza de insistencia.

Cuando todas las compras estuvieron hechas, subimos hacia las alturas de Chamberí, donde el gran Pajuela había instalado su nido de águila. Los transeuntes miraban con curiosidad á aquel hombre de aspecto importante, seguido de un joven cargado de paquetes. De vez en cuando Pajuela se detenía condescendiente para dejarme respirar. Yo sudaba.

Al fin, llegamos. Pajuela abrió la puer-

ta de su cuarto y me dijo dejándome en el recibidor.

—Vaya usted dejando por ahí esas cosas; voy á prevenir á mi mujer.

Cinco minutos más tarde, volvió á entrar en el recibidor con aire consternado.

—Amigo mío—me dijo abrazándome—, ¡qué gran desgracia! Mi mujer gravísima: los médicos desesperan de salvarla. Ya ve usted; no debo retenerle en estas circunstancias; no puedo, no tengo la tranquilidad necesaria para oír la lectura de su obra. Otro día será.

Me acompañó amistosamente hasta la puerta y repitió:

—Adiós, amigo mío. Perdóneme usted. Otro día será.

Pajuela no ha vuelto á recibirme. Luego he sabido que ese es su sistema de aprovisionamiento.

El reverendo Bonifacio.

El hombre que se murió de risa



NUNCA, jamás, odié á un ser humano con tanta fuerza como á Jacinto Rosa. Era un hombre insoponible. Siempre se reía. Sus palabras eran explosiones de risa. Lloraba de risa. Estornudaba de risa...

Era un hombre desgraciado. ¿Desgraciado? Sí. Des-gra-cia-do... Tan desgraciado, que su corazón parecía un pararrayos de penas y desdichas. Pero desdichas y penas eran recibidas por él con una carcajada. Cierta vez, un automóvil le pasó por encima. Le rompió seis costillas. Lo recogieron casi muerto. Pero en el hospital no pudieron curarlo porque se reía como un loco, haciendo reír á los médicos, á los practicantes y á los mismos enfermos moribundos.

¿Sufriría de aquella antigua risa «sardónica», que atacaba á los que comían la peligrosa hierba conocida en la ciencia con el clásico nombre de «sardonía»? Yo investigué. El más célebre botánico del siglo XVIII, Linneo, dice: «Basta comer una hoja de sardonía, para que la locura mortal de la risa domine los sentidos.» En la antigüedad, un filósofo griego—Chrysipo de Tarso—autor de setecientos cinco volúmenes de los cuales «trescientos once consagró á la dialéctica y ninguno á los reyes», murió (según afirma Diógenes Laercio) de un ataque de risa. Varios historiadores atribuyen ese ataque á los efectos de algunas hojas de sardonía que le hicieron comer con la ensalada; aunque otros—como Víctor Hugo, en *Shakespeare*—suponen que el ataque de risa que provocó la muerte de Chrysipo fué originado por la presencia de un burro que penetró de improviso en su casa y le comió tres docenas de higos que el sabio guardaba para sí...

Sin embargo, no era posible que Jacinto hubiera visto un burro en esas condiciones. Ni mucho menos que hubiera comido hojas de «sardonía»... La sardonía crece únicamente en Cerdeña. Debe comerse fresca... Y él nunca había salido de España. A pesar de todo, he comprobado que existen otras hierbas que causan efectos parecidos, como el «ranúnculo» y la «francesilla maligna».

—¿Por qué no haces que te vea un médico?—le dijeron.

—Es inútil... Además, no me conviene dejar de reirme—contestaba, torciéndose de risa—. Tan chistoso es todo lo que me pasa, que tengo que reirme para no reventar...

Un día me le encontré en la calle. Bufaba de placer.

—¿Qué tiene, Jacinto? ¿Por qué se ríe?

—¡Oh, querido! ¡Si usted supiera!... Ayer el médico me ha dicho que estoy grave de los riñones y del corazón. Figúrese usted que tengo un riñón flotante. ¡Qué risa! Será un riñón aeroplano... El médico supone que en el próximo ataque me puedo quedar muerto. ¿No le parece á usted gracioso? ¡Ja, ja, ja!...

—Pues á mí me parece muy triste. ¿O es que no cree usted en su médico?

—Al contrario. Creo. Estoy seguro de que voy á morirme. Y pronto. Muy pronto... Ya me veo en el ataúd, tieso como un palo, rodeado de cirios, de flores y de moscas... ¡Qué risa, Virgen santa! Mis amigos entrarán, de puntillas, á la cámara mortuoria... Me mirarán riéndose por dentro, como verdaderos gusanos que son. ¡Ja, ja, ja! De paso, en el comedor, se embriagarán con mis últimas botellas de coñac y de whisky, diciendo: «¡Pobre Jacinto! Era muy bueno; pero un poco borracho»... Y yo, al oírlos, me moriré de risa... ¡Déjeme usted reír!

Y aquel bárbaro se reía de sí mismo, como pudiera reírse un caballo con levita y sombrero de copa al verse en la luna de un espejo. ¡Qué rabia!

Más tarde me lo encontré en un bar. Me invitó á su mesa con una carcajada que hizo temblar la anaquelera, las lámparas y todas las copas y botellas. Dos ó tres camareros se cayeron de risa. Un reloj que estaba parado comenzó á andar...

La risa que Jacinto sintió al verme dejóle sin habla un cuarto de hora. Cuando pudo enjugarse las lágrimas, me dijo, tartamudeando y ciego de risa:

—¿No sabe usted que estoy de luto? Sí, hombre. Se me ha muerto...

—¿Quién?

Nuevas carcajadas le impidieron continuar. Tenía los ojos

inyectados de risa. La nariz, la boca, las orejas, todo se le movía convulsivamente. La alegría le brotaba de la piel. Jacinto se reía hasta con los brazos, con el sombrero, con los botines... Temblaba de arriba abajo. Era una epilepsia convertida en carcajada...

—Pero, ¿quién se le ha muerto?—pregunté.

—¡Mi mujer, hombre! Sí, señor; mi mujer. ¡Y lo más gracioso es que yo la adoraba! No podía vivir sin ella. Le aseguro que no me suicidé porque no pude cargar mi revólver. ¡Me reía tanto, que no encontraba las balas! La risa no me hubiera dejado encontrar tampoco el gatillo... ¡Y, como si no tuviera bastante con la pérdida de mi mujer—que murió carbonizada por una lata de alcohol—, fallece pocos días después mi única hija. Murió tuberculosa. ¿Se acuerda usted de mi hija? ¡Era tan linda! ¡Pobrecita! Murió asfixiada. Sin pulmones. Escualida. Hueca... ¡Qué risa, verdad? Le aseguro que me duele la cara de tanto reirme. ¡Las mandíbulas se me caen de risa!... Pero nunca me he reído tanto y con tantas ganas como en el velorio y en el entierro...

Entre carcajadas prosiguió haciéndome un resumen de sus desdichas últimas. Los mozos del café—aunque ya están habituados á verme allí con comicuchos, ladrones, escritores, asesinos, políticos, borrachos y locos—nos miraban curiosamente y se reían sin comprender. La risa es contagiosa. Pero la risa de Jacinto lo era mucho más todavía.

El cerillero se apretaba el abdomen con las manos y con las rodillas. El encargado de la cervecería, echado de bruces sobre el mostrador, reíase á gritos, en concierto con los parroquianos. A uno de éstos hubo que traerle el viático, pues abrió tanto la boca para reírse, que el gatito del café—creyendo que aquella boca era una cueva y que la lengua era un ratón—se le metió de un salto hasta el esófago... El pobre hombre murió exhalando el alma y el gato en una carcajada...

¡Desdichado Jacinto! No le volví á ver sino cuando la muerte le cerraba los párpados.

—¡Qué gracioso!—me dijo agonizando.— Ya me estoy muriendo. ¡Qué cosa más divertida! Mire... ¡Ja, ja, ja! Tengo la piel pegada á los huesos. ¡Qué risa! Me muero. ¡Ja, ja, ja!...

Las tres últimas carcajadas fueron las tres boqueadas bíblicas. Fueron estrepitosas... Así se quedó muerto. Muerto como un payaso tendido largo á largo en la pista... El rostro llenósele de sangre. Los músculos faciales le estallaron bajo la piel, á causa de la extrema tensión. La mandíbula inferior le crujió horriblemente, cayéndole sobre el pecho. Estaba rota... De los ojos brotáronle, durante diez minutos, lágrimas de risa.

Transcurieron cinco años. La familia trasladó los restos de Jacinto á una artística urna. El esqueleto hallábase convertido en polvo. Pero la calavera estaba íntegra. Mostraba los dientes. Y continuaba riéndose. Riéndose como estaré yo; como estarás tú; como estará aquél... Riéndose, como estarán todos los que nos aman; como estarán todos los que nos odian... **Juan José Soiza.**

INFORMACIÓN TEATRAL



—Que no me convences. La comedia lírica *Gavilanes y palomas*, estrenada en Martín, es de lo peorcito que yo he visto. ¿Que obtuvo un «exagerado» y ruidoso éxito? ¡Pa chasco! Como que todo el teatro estaba lleno de amigos de los autores, Sres. Jaquetot y Cabrerizo, de la letra, y los hermanos Gutiérrez, de la música, que también es mala de verdad.

—En cambio, la interpretación...

—Me satisfizo, ¡a qué negarlo! Los hermanos Uliverri, bastante bien; la señorita Lastra, monísima, hecha una excelente tiple cómica, fué aplaudida en el único número que se repitió. Bejarano, Gaibar y Balsalobre defendieron sus respectivos «embolados» con suma discreción.

—Y ahora ha quedado Martín convertido en *semi-cine*, pues han suprimido las dos primeras secciones para dejar ancho campo á las proyecciones cinematográficas, hoy tan en boga, y tan del agrado del público en todas partes.

—A consecuencia de que por un par de reales, á todo tirar, se está uno entretenido dos horas largas, y á la vez que el espectáculo resulta barato no se presencian tantas obras de discutible gusto.

—No lo dirás por *La posteridad*, juguete cómico en un acto, original de los Sres. Sotillo y Mycho, estrenado con envidiable fortuna en el teatro de la Princesa.

—¡Naturalmente que no! Dicha nueva producción encierra relativa novedad en el asunto, el cual se reduce á la vida de redacción que llevan los «chicos» de la prensa. Hay en la obrita chistes muy graciosos y situaciones cómicas hábilmente dispuestas. Candidita Ruiz, Mejejo y González, no diré que pasen á «la posteridad» por la excelente labor que realizaron; sin embargo, pueden tener la conciencia tranquila de que representaron como Dios manda los personajes que nos dieron á conocer.

—Ya que hablamos de la Princesa...

—¿De qué Princesa? ¿De la que pesca en ruin barca?...

—Del teatro... no seas «chistoso»... Merece la empresa de este elegante coliseo sinceros plácemes, por el buen acuerdo que ha tenido al poner en escena nuevamente la preciosa comedia de Paul Gavault *La petite chocolatiere*, traducida por Enrique Thuillier, y bautizada con el nombre en castellano de *La chocolaterita*.

—Soy de tu misma opinión. Tan agradable producción es y será siempre vista con verdadero placer; su desarrollo es de una ingenuidad encantadora; el

diálogo, vivo y chispeante, causa verdadero regocijo, y, para que el éxito sea completo, baste añadir que la Sra. Guerrero, en su simpático cometido, realiza una labor sorprendente, admirable, sobreponiéndose á toda ponderación.

—Lo mismo que su esposo, el insigne actor Díaz de Mendoza.

—Por algo es tocayo tuyo...

—En cambio, Thuillier no lo es, y también se luce bastante en esa obra.

—Por no enemistarse con el traductor...

—Es posible que su hijo le llamara al orden, si no trabajaba á medida de sus deseos...

—Y es posible también que no le hiciera caso...

—¿Has estado en el Coliseo Imperial?...

—Algunas veces...

—Me refiero á ver *El turno de Pepe*, comedia en un acto, recientemente estrenada, original de los Sres. Noriega y Telleche, que, según han contado los papeles, gustó al respetable.

—Puesto que papeles cantan, y además «cantan» la verdad, que agradó la obrita, yo no me atrevo á cantar nada, no sea que suelte un gallo... sin imperio... mejor dicho, sin ánimo de molestar á nadie. Bueno; ¿y tú no conoces *El turno de Pepe*?]

—¡Que si lo conozco!... Casualmente, es mi camarero en el café de Levante...

—¡Y no hay quien te dé dos tiros!...

—¡Si es capricho! ¿A que no has estado, y yo sí, en el teatro Cervantes á ver á *Raffles*?

—No...

—¡Ves!...

—Sí iré, sí...

—Quiero decirte, que ves lo que son las cosas; te asombras de que yo no fuera al Coliseo Imperial, y yo me asombro de que no asistieras á Cervantes, con motivo de la reprise de esa comedia folletinesca.

—Perdona, y dime qué tal presentaron *Raffles* en el lindo coliseo que dirige Simó-Raso.

—Pues superiormente; tan bien ó mejor que cuando se estrenó en la Comedia. La distinguida concurrencia que que llenaba el teatro manifestó su complacencia en diferentes ocasiones, premiando con delirantes ovaciones la labor de todos los artistas que toman parte en la obra, sobresaliendo las señoras Romero y Toscano y las señoritas Moreno, Calvo y Muñoz, igualmente que los Sres. Simó-Raso, Calle, Renovales, Larra é Hidalgo.

—La Srta. Palma no está ya en Cervantes.

—No; se ha ido con Villagómez, ventajosamente contratada.

—Es decir, que Villagómez se ha llevado la Palma...

—¡Oooh!...

—Dispensa, pero no me he podido contener...

—He recibido un telegrama de Bilbao.

—Y yo un jamón de Avilés...

—Hombre, se te suplica que no molestes... Que mira lo que dice: «Estrenada opereta dos actos *Canto de primavera* teatro Arriaga, gran suceso. Frutos y maestro Luna, aclamados con entusiasmo.»

—Los autores de *Molinos de viento* vienen pegando.

—Y colocándose en primera fila entre sus innumerables compañeros.

—El maestro Luna es todo un señor compositor.

—Y que lo digas.

—Hablemos de la Goya.

—Como si quieres que hablemos también de *Bombita*.

—No; nada más de la monísima cupletista «clásica».

—Hizo su reaparición el miércoles en Lara, y no puedes figurarte cómo estaba el teatro de gente: hasta los topes.

—Bien; pero la Goya...

—Monísima, encantadora, ideal. Cantó unas bonitas seguidillas de Yust, *La maja y el embozado*, *Las cuatro estaciones*, un número de recitado y canto de los Sres. Montesinos, Ballesteros y Mateos, y *El sarape*, aire mejicano, arreglado por los mismos señores, que gustó más que *Las cuatro estaciones*. Aunque el popular *Ven y ven* no estaba en el programa, dados los insistentes deseos del público por que lo cantara, la bellísima cupletista nos hizo conocer de nuevo dicha canción. Excuso decirte que fué muy aplaudida en todos momentos.

—Pues por mí, que lo siga siendo noche tras noche.

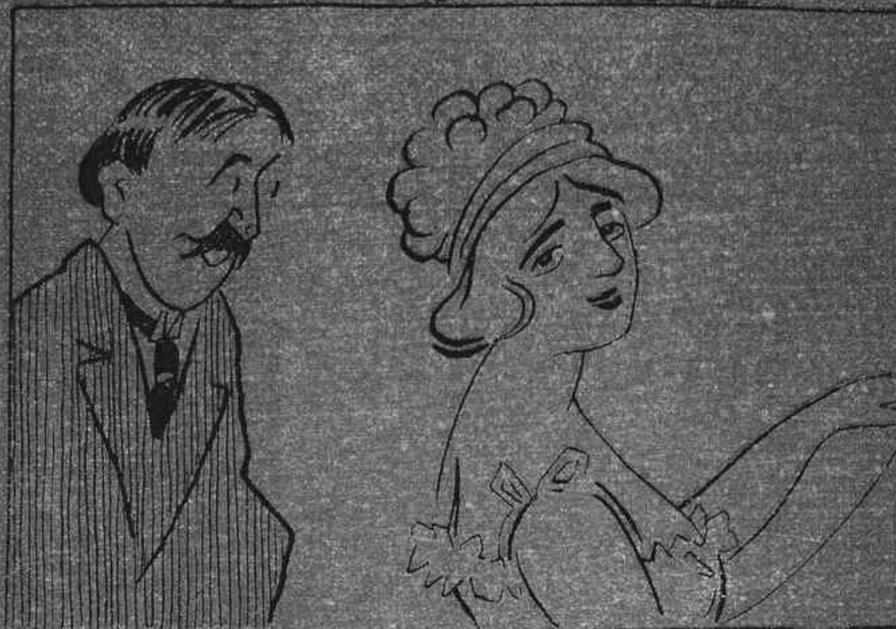
—¡Qué más puede desear Yáñez! ¡Buenos entradones le esperan!

Colirón.



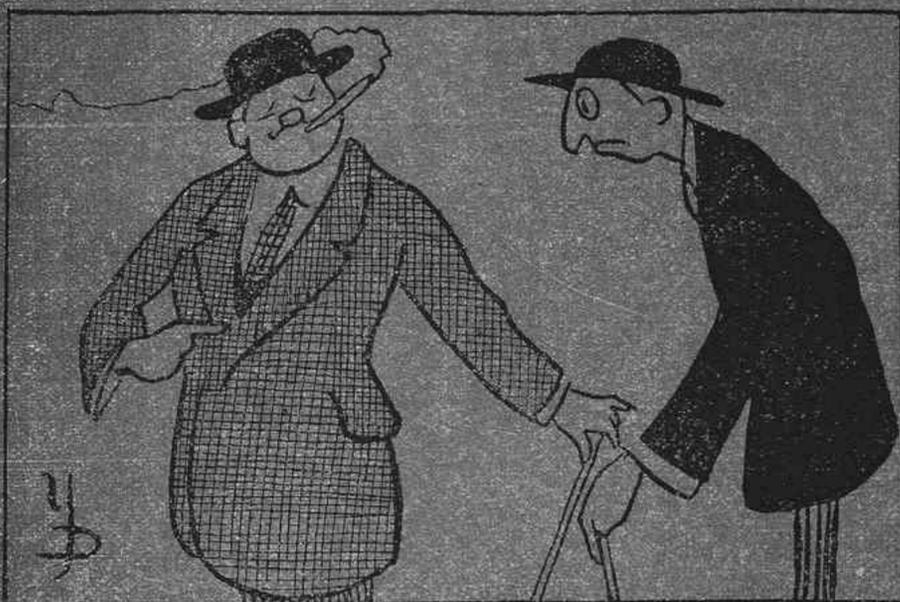
— Al verme tan elegante,
cualquier *sportman* se epata,
pues no hay ninguno que lleve
tan bonita la corbata.

Fábrica de corbatas, Mariana Pineda, 12.



— ¿Cómo has de extrañar que esté
de ti tan enamorado,
cuando parece tu cuerpo
por Benlliure modelado?

Corsés Regúlez, Bordadores, 9.



— ¡Qué traje más elegante
llevas esta primavera!
— Porque me viste Somoza,
que es un sastre de primera.

Sastrería Somoza, Montera, 9.



— Hoy deben aconsejarle
al que se vaya á casar,
si quiere muebles bonitos,
que los compre á Apolinar.

Infantas, 1.

Madrid Cómic

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas y Talleres: Ferraz, 21, bajo.

Trimestre, 2,50 pesetas; Semestre, 5 pesetas; Año, 10 pesetas.

Extranjero: Un año, 15 francos.

Los pedidos y giros, deberán dirigirse á D. Manuel de Agustina Tolosa
Apartado de correos 359.

PRECIO SUELTO: 20 CÉNTIMOS

Imp. de A. Marzo.—S. Hermenegildo, 32, dupdo